

## **PERMANENCIA Y CAMBIO INSTITUCIONAL: EVOLUCIÓN DEL TRABAJO DE LO SÓLIDO A LO LÍQUIDO**

PABLO ENRIQUE GUTIÉRREZ CARDOSO\*  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

Recibido: Mayo 14 de 2010

Aprobado: Junio 20 de 2010

### *Resumen*

El artículo trata sobre las transformaciones que han ocurrido en las categorías de trabajo y sujeto laboral, describiendo su paso de la sociedad de producción a la sociedad de consumo, desde las metáforas de lo sólido y lo líquido. En un primer momento se abordan los conceptos de dispositivo disciplinario y ética del trabajo, para comprender el papel del trabajo en la modernidad sólida desde puntos de vista socio técnico e ideológico. El segundo momento corresponde a la modernidad líquida, que se trata desde los conceptos de sociedad de control y estética del consumo. Finalmente se realiza una discusión sobre el papel dialéctico que cumplen los dos momentos, así como su utilidad para comprender la permanencia y el cambio institucional.

*Palabras Clave:* subjetividad, trabajo, instituciones sociales.

## **PERMANENCY AND INSTITUTIONAL CHANGE: THE EVOLUTION OF LABOUR FORM SOLID TO LIQUID.**

### *Abstract*

The article discusses the changes that have occurred in the categories of work, labor and subject, describing his move from the production era to the consumer society, from the metaphors of solid and liquid. At first addresses the disciplinary society concepts and the ethic work, to understand the role of labor in solid modernity, from a socio technical and ideology views. The second moment corresponds to liquid modernity; it is from the concepts of the control society and aesthetic consumption. We carried out a dialectic discussion of the role that fulfills the two moments, and its usefulness for understanding the persistence and institutional change.

*Key words:* subjectivity, labour, social institutions.

### LO SÓLIDO: SOCIEDAD DE PRODUCCIÓN

La película *Tiempos Modernos* de Charlie Chaplin refleja la vida del trabajador en la sociedad de producción industrial. En un primer momento el protagonista se ocupa dentro de una línea de montaje en una fábrica, realizando actividades repetitivas y monótonas, todas marcadas por el tiempo del reloj, la vigilancia del supervisor, la exigencia de una productividad creciente, de repente, en un momento de descuido es comido por una inmensa máquina, pasando a través

de sus mecanismos y engranajes como una pieza más; dicha experiencia le produce un desorden mental, por lo cual es recluido en un hospital. Luego de su recuperación regresa a la calle como un desempleado mas, luego de una confusión en medio de una protesta multitudinaria es arrestado por la policía y acusado de ser el líder de una manifestación comunista, por lo cual es enviado a la prisión. Después de su paso por la cárcel, por azar conoce y se enamora de una chica huérfana abandonada a su suerte, la trama de la película muestra con un delicado e incisivo sentido del humor sus

---

\* Psicólogo Pontificia Universidad Javeriana, estudiante de Maestría Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: motivoquimbaya@hotmail.com

sucesivos intentos y fracasos por conseguir un trabajo que les permitan salir adelante y tener una vida digna (Chaplin, 1936).



(Fuente imágenes: International Movie Database. [www.imdb.com](http://www.imdb.com))

Chaplin realiza una crítica demoledora a la modernidad, relativizando sus valores e ilusiones, mostrando a través del chiste y la ironía las contradicciones internas de la sociedad industrial: la deshumanización del trabajo, la explotación del obrero, la exclusión social, la pobreza y el desempleo. Ilustra de manera magistral los procesos de socialización propios de la sociedad de producción, su protagonista salta de un centro de encierro a otro, la fábrica, el hospital, la cárcel; su identidad social se transforma en su paso por estas instituciones, la cual es moldeada por procesos de discipli-

namiento constantes, el obrero, el loco, el delincuente. Tenemos entonces unos rígidos procesos de socialización, que se imponen desde el exterior, marcados por la solidez de las máquinas, o la pesadez de los muros que delimitan un espacio cerrado.

La película presenta una concepción del trabajo como factor que otorga dignidad a la persona, sin importar las condiciones en que se lleve a cabo, el cual es visto como la única forma de supervivencia, como una pesada obligación, pero también como el camino adecuado para lograr la realización personal, fuente privilegiada de reconocimiento y aceptación social.

Inicio con esta imagen de Chaplin pues en *Tiempos Modernos* encontramos dos nociones a partir de las cuales se puede comprender la sociedad de producción, me refiero al concepto de dispositivo disciplinario, tomado de Michel Foucault (1985, 1998), y el concepto de ética del trabajo, formulado por Zygmunt Bauman (2000, 2007).

#### *Los dispositivos disciplinarios*

La sociedad de producción aparece con la revolución industrial, comprende el periodo que va de finales del siglo XVII hasta mediados del siglo XX, en el cual se producen profundos cambios en las formas de organización social, en los procesos de socialización y en las identidades sociales.

El cambio tecnológico dado por la industrialización, el surgimiento del estado nación y los procesos crecientes de urbanización, generarán una transformación en las instituciones sociales, respecto a la forma que tomaban en la sociedad agrícola tradicional: el trabajo pasará por la forma de la fábrica, la salud por el hospital, la educación por la escuela, la delincuencia por la cárcel, la guerra por el ejército. Estas formas de organización surgen desde finales del siglo XVII y todas comparten características comunes en cuanto a su modo de funcionamiento, todas están atravesadas por lo que Michel Foucault (1985, 1998), en su libro de 1973 *Vigilar y castigar*, denominaría como “dispositivos disciplinarios”.

Ahora bien, ¿Qué son las disciplinas?, las disciplinas constituyen una serie de técnicas y procedimientos que actúan directamente sobre los cuerpos, bajo los principios de una micro economía y micro política. Opera desde dos ejes: por un lado busca aumentar las fuerzas del cuerpo en términos económicos de utilidad, de eficacia, de productividad; por otro, busca disminuir sus resistencias en términos políticos de obediencia. De este modo la sociedad disciplinaria construye un

nuevo tipo de sujeto, el individuo “útil” y “dócil”, con capacidad de adaptarse a los requerimientos y exigencias presentes en la forma de producción industrial.

Desde el plano de la utilidad las disciplinas analizan y reconfiguran tres aspectos básicos: el espacio, el tiempo y la actividad.

El espacio se decidirá de acuerdo a lo que Foucault denomina como el “arte de las distribuciones”, buscando hacerlo inteligible y organizado, pero sobre todo productivo. Los edificios de la modernidad disciplinaria son cerrados al exterior, tienen la clausura como primer elemento, que permite distinguir el adentro del afuera, muros y rejas que separan el exterior del interior, presentes en colegios, fábricas y sobre todo cárceles (el centro de encierro por excelencia). Una vez cerrado el espacio se procede a dividirlo en zonas, construyendo un espacio celular o reticular, aulas de clase en el colegio, líneas de montaje en la fábrica, cuartos y pabellones en el hospital, o celdas y patios en la prisión. Luego a cada lugar se le asigna una función específica; en cierto modo el espacio se convierte en un mecanismo de clasificación, al modo “dime dónde estás y te diré quién eres”, en la escuela cada curso tiene su salón, en la fábrica según el proceso productivo se ubican los cuerpos de los obreros, según el tipo de enfermedad en el hospital, o de acuerdo al grado de peligrosidad en la cárcel se disponen los patios y celdas. Finalmente los diferentes espacios, ya divididos y organizados, entrarán a formar parte de unas relaciones de rango, es decir, serán atravesados por la autoridad que busca al mismo tiempo vigilar y jerarquizar, al modo “dime dónde estás y te diré a quién tienes a cargo, o quién es tu jefe”, ejemplos de esto lo podemos ver en el lugar que ocupan profesor y alumnos durante una clase, la posición de obreros y capataces en las fábricas, médicos y pacientes en una consulta, o reclusos y vigilantes en una prisión.

El tiempo disciplinario adquiere un nuevo orden, ya no es el tiempo natural de la vida campesina marcado por el día y la noche, o el ciclo de las estaciones, será un tiempo interno de las instituciones regidas por calendarios, relojes y cronómetros, los cuales le impondrán dos características: puntualidad y regularidad. El tiempo disciplinario se construirá a partir de un proceso de segmentación: horarios de entrada y salida, duración de las actividades, tiempos de descanso o para las comidas previamente establecidos, duración del proceso de enseñanza, o del horario de trabajo en la fábrica, o el tiempo mismo de la condena en el sistema carcelario. El tiempo será segmentado en una sucesión de elementos

simples, los cuales se ordenarán, en grados crecientes de complejidad, buscando llegar a un punto terminal estable. Por ejemplo en la escuela se pasa de primer grado, a segundo, de acuerdo con un proceso donde la enseñanza es lineal y acumulativa, marcado por exámenes al final de cada segmento que permiten pasar al siguiente nivel, buscando al final del transcurso obtener el conocimiento, que se verá condensado en un título.

Las actividades que se realizan dentro de este conjunto de tiempo y espacio también serán reordenadas buscando hacerlas lo más útiles y eficientes posibles. Las disciplinas construirán una elaboración temporal del acto, donde a cada movimiento se asignará una dirección y una duración, prescritas de antemano. La organización militar es un claro ejemplo de ello, donde bajo el término “maniobra” se enlazan una serie de acciones y movimientos que deben ser seguidos en estricto orden, por todos igual y al mismo tiempo. Un punto fundamental del control de las actividades se dio en la relación cuerpo- máquina especialmente en las fábricas, donde la anatomía y los movimientos del trabajador deberían encajar con las operaciones de la máquina buscando un máximo de productividad. Ejemplos de ese proceso fueron los estudios de tiempos y movimientos llevados a cabo por F.W. Taylor, donde se recomponía la actividad a partir de una organización científica del trabajo, o los procesos producción en serie de H. Ford muestran hasta qué punto se llevó la descomposición y recomposición del trabajo fabril, buscando un máximo de eficacia y productividad.

Desde el plano micro político, la docilidad y la obediencia se conseguirá a partir de tres técnicas particulares, estas son: la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen.

La vigilancia constituye una nueva forma de ejercer el poder, la cual se da a partir del juego de miradas, del ver y ser visto, dentro de un sistema jerárquico de autoridad. Vigilancia de los estudiantes en el proceso de enseñanza, vigilancia de los obreros en el proceso productivo de las fábricas, vigilancia de los pacientes en los hospitales, y sobre todo, vigilancia de los reclusos en las cárceles. La pregunta política por la mirada se planteará desde la arquitectura, pues el edificio (la escuela, la fábrica, el hospital o la cárcel) deberá funcionar como una máquina de observar: cómo hacer de la mirada un proceso constante, cómo evitar espacios oscuros, cómo establecer relevos, cómo cubrir todo el espacio y los cuerpos a controlar. Con la arquitectura disciplinaria surge un tipo de poder múltiple, automático y anónimo.

La vigilancia opera dentro del campo de acciones observables, a partir de las cuales se construye una "micro penalidad", que se condensa en reglamentos y manuales, la cual busca jerarquizar acciones de acuerdo a lo prohibido y lo obligatorio. De esta forma, prácticamente todas las conductas posibles entran en un sistema dual gratificación- sanción. Pero sobre todo la sanción buscará "normalizar" las acciones desviadas, el castigo tendrá siempre un sentido correctivo: que el estudiante adquiera los conocimientos requeridos, o el trabajador las habilidades de su labor, o que el prisionero al final del proceso logre la buena conducta.

Ahora bien, la jerarquía que vigila y la sanción que normalizara, convergerán en una técnica que les dará pleno sentido: el examen. A partir del examen el individuo será objeto de descripción y análisis, en cuanto a su desempeño, sus aptitudes y su evolución. Exámenes que miden el aprendizaje en la escuela, exámenes en las fábricas para evaluar el desempeño de los trabajadores, exámenes médicos que calculan la enfermedad o la salud, exámenes en las prisiones donde se deduce la conducta futura de un "delincuente". El examen hace del individuo un caso particular, el cual puede ser relacionado con un sistema comparativo global, conformado por otros casos que pueden servir como punto de referencia. El examen se constituye como una técnica que al mismo tiempo homogeniza e individualiza.

Para resumir, los dispositivos disciplinarios que se establecen desde finales del siglo XVII hasta mediados del siglo XX, modelan la forma y funcionamiento de las instituciones sociales, así como de las subjetividades que en ellas se producen: el trabajo pasará por el dispositivo de la fábrica, construyendo al patrón y el obrero, sobre la relación capital- fuerza de trabajo; la salud pasará por el dispositivo hospitalario, dando origen a las subjetividades del médico y el paciente, quienes se relacionarán desde la contraposición entre salud y enfermedad; la educación se deslizará del ámbito familiar a la escuela, privilegiando la transmisión del conocimiento desde la relación alumno, profesor.

Hoy en día, a comienzos del siglo XXI, se habla de una continua crisis en las instituciones: crisis en el mundo del trabajo, en la escuela, en el sistema de salud, en la familia. Se podría decir que quienes están en crisis, no son las instituciones sociales en sí mismas, sino el dispositivo disciplinario desde el cual se desarrollaron y a las nuevas formas que están adoptando: en ámbito del trabajo, la pesada y estable fábrica ha cedido paso a la móvil e inmaterial empresa; en el campo de la sa-

lud, la enfermedad pasa cada día menos por la forma del hospital tomando especial importancia la medicina preventiva, la intervención sobre grupos y conductas de riesgo; en la educación se imponen procesos de formación permanente, que nunca terminan, que ingresan dentro del ámbito laboral como una necesidad y requisito; la crisis del régimen carcelario, que solo ha servido para organizar y especializar a la delincuencia, está siendo sustituido por programas de justicia restaurativa y detención domiciliaria; la guerra ya no pasa por los enfrentamientos entre ejércitos organizados alrededor del estado nación, prueba de ello es la llamada "guerra contra el terrorismo" o la "guerra contra las drogas", donde el enemigo es abstracto y se disuelve más allá de las fronteras territoriales de los estados nación. Este conjunto de mutaciones y transformaciones obedecen, a lo que algunos autores (Deleuze, 1996, 1990; Giorgi, 2007; Harth & Negri, 2000) han denominado como, el surgimiento de los dispositivos de control.

#### *La ética del trabajo*

¿Cómo se logró que las personas se pusieran a trabajar? ¿Mediante qué procedimientos los antiguos agricultores y artesanos abandonaron su tradicional forma de producción y subsistencia para entrar en la economía de la fábrica y el capital? ¿Cómo fue posible que los obreros se adecuaron a los ritmos de las máquinas y aceptaran la forma del trabajo industrial?

Encontramos respuesta e estas preguntas, por un lado por los cambios socio técnicos que describe Foucault en el desarrollo de la sociedad disciplinaria; pero por otro lado, fue necesaria toda una "prédica" que sustentara las nuevas "prácticas" productivas, el surgimiento de una tecnología moral que hiciera deseable y necesaria la transformación de los agricultores y artesanos en obreros asalariados. Esta transformación fue posible gracias a lo que Zygmunt Bauman (2000) llamaría la "ética del trabajo", la cual se condensa en una serie de consignas, repetidas hasta el paroxismo desde los múltiples pulpitos del capitalismo, las cuales acompañarían y animarían la conformación de la clase obrera moderna, estas son: trabajar es bueno y no hacerlo es malo, el que no trabaja no come, el trabajo no es deshonor, también y como si fuera poco, trabajar, trabajar y trabajar.

La vida productiva de finales de la edad media era de naturaleza comunal, las personas pertenecían a la tierra donde habían nacido, se consideraban como sirvientes de Dios, el trabajo era fundamentalmente

colectivo, las personas reconocían que su responsabilidad estaba el servicio de Dios, las labores y oficios se heredaban de padres a hijos, basados en una economía que buscaba la subsistencia de la comunidad en su conjunto. Con el inicio de la sociedad industrial y el ascenso del liberalismo económico, a finales del siglo XVII, se produce en Europa lo que se conoció como el “cerco de los comunes”, tratado ampliamente por Karl Marx (1980), capítulo 7 del libro 1 del *Capital*, el cual consistió en que las grandes extensiones de tierra, que eran por principio públicas, comenzaron a ser cercadas y transformadas en propiedad privada. Los antiguos agricultores son obligados a trasladarse a las ciudades y centros manufactureros, donde para subsistir tendrán que ingresar en el sistema de producción industrial, construyendo un nuevo tipo de sujeto. Las transformaciones subjetivas que sufre el trabajador por efecto del disciplinamiento industrial pueden ser resumidas en la descripción que hace Alessandro De Giorgi:

El régimen fabril forma una nueva categoría de individuos. Individuos capaces de obedecer, de seguir órdenes, respetar ritmos de trabajos regulares, y sobre todo capaces de interiorizar la nueva concepción del tiempo como medida de valor y del espacio como delimitación del ambiente de trabajo. Se delinean los contornos de una economía política del cuerpo, de una tecnología de control disciplinario que actúa sobre el cuerpo productivo para gobernarlo en la medida que éste crea plusvalía y, unido a otros cuerpos organizados científicamente, se transforma en capital (Giorgi, 2007, pág. 17).

Las condiciones de vida en las ciudades eran bastante precarias en aquellos tiempos, los asilos para pobres fueron desapareciendo y la indigencia empezó a ser penalizada, así que la única forma de supervivencia posible era ingresando en el mercado de trabajo industrial, transformándose en obrero y obteniendo un salario a cambio de la mano de obra. Allí surge la consigna: *el que no trabaja, no come*. Afirmación en la cual condensa que la única forma de supervivencia posible era a través del trabajo individual, no había que esperar ningún tipo de compasión o solidaridad, pues cada quién será responsable y único fiador de su propio destino.

Al mismo tiempo que se desarrollan las instituciones de la sociedad disciplinaria, con la fábrica a la cabeza, surge una “prédica” respecto al trabajo, desde las iglesias, las industrias y el estado, que empieza a

considerarlo como un valor moral: *trabajar es bueno, no hacerlo es malo*. A partir de esta consigna el trabajo se convierte en el estado natural del hombre, no hacerlo es signo de maledicencia (vagancia, holgazanería, pereza) o incluso anormalidad (enfermedad, incapacidad, invalidez, locura).

Dicha concepción se ve reforzada por, lo que Max Weber (1985) denomina, el espíritu de la ética protestante, según dicha prédica se considera que trabajar es practicar una virtud: quien trabaja es virtuoso y por tanto obtendrá una recompensa por sus actos. En este caso la recompensa no se encuentra en otra vida, ni en paraísos perdidos, ni en reinos de cucaña, sino en esta tierra, en forma de reconocimiento y dinero a partir de los cuales se logra la felicidad. Las recompensas y la prosperidad que se obtienen a partir del trabajo resultan ser de naturaleza individual, pues son el resultado de un juicio ético sobre el ejercicio de la libertad personal; por tanto no pueden, ni deben, ni es deseable, que sean compartidas, pues cada quién a partir de ejercitar la virtud del trabajo obtiene lo que merece.

Este tipo de pensamiento se acomoda perfectamente a la consigna (repetida hasta el delirio por el presidente Álvaro Uribe): *trabajar, trabajar y trabajar* ¿Qué quiere decir? Pues que el trabajo es una actividad sin descanso, que nunca termina, de la cual es imposible sustraerse, donde la victoria, el éxito, el triunfo, o las metas que se quiera conseguir, vendrán luego de un sacrificio ininterrumpido, al final de una jornada que parece no tener fin, donde el trabajo es un valor supremo y es el instrumento a partir del cual se transforma la realidad y la vida misma.

Ahora bien, el tipo de labor sobre la cual recae la ética del trabajo, no es precisamente el trabajo colectivo de antaño, no se aplica para los artesanos o agricultores, quienes empiezan a ser considerados como lastres de un pasado que debe ser dejado atrás. De aquí en adelante será considerado como: aquel ejercicio según el cual una persona vende su fuerza de trabajo a alguien que la considera como valiosa y digna de pago, obteniendo a cambio un salario. Es decir, la ética del trabajo solo aplicará para las ocupaciones que se acomoden e inserten dentro de la dinámica productiva del capitalismo. Esta concepción nos lleva a la siguiente consigna: *el trabajo no es deshonra*. Es decir, todo trabajo pagado por alguien que lo cree que es valioso, sin importar el tipo de ocupación, o las condiciones en que se lleve a cabo, o el sueldo que se reciba a cambio, será considerado como un trabajo digno, y la

persona que lo ejerce será reconocida como virtuosa según la ética del trabajo, de acuerdo con este pensamiento todas las labores se igualan sobre un mínimo denominador común, ignorando las condiciones de inequidad y explotación que las estructuran. Esta consigna será desarticulada y analizada en profundidad por el pensamiento crítico de Karl Marx a hacia finales del siglo XIX.

A partir de estas consignas el trabajo se inserta al modo de producción industrial, creando un vínculo individual basado en una relación de compromiso y dependencia recíproca: la supervivencia de los trabajadores dependía de que fueran contratados; la reproducción y crecimiento del capital dependía de esa contratación. El punto de encuentro era fijo y ninguno podía ir muy lejos por su cuenta: la solidez de la fábrica encerraba a ambos socios en una celda común.

Dicha relación ha sido definida como propia del capitalismo pesado, donde los vínculos entre el empleado y la fábrica eran sólidos, permanentes, anclados al tiempo y el espacio. El sociólogo polaco Zygmunt Bauman define dicha relación sobre la metáfora de un matrimonio por conveniencia, donde trabajo y capital no podían existir el uno sin el otro, pese a los problemas e inconvenientes que pudieran presentarse:

La fábrica fordista era un lugar de encuentro cara a cara, pero también era un tipo de matrimonio, del tipo hasta que la muerte los separe, entre el capital y el trabajo. Era una boda de conveniencia o por necesidad, pero no un matrimonio por amor, aunque se esperaba que durara “para siempre” y en general así era. Era un matrimonio esencialmente monógamo para ambos conyugues. El divorcio estaba fuera de la cuestión. Para bien o para mal, los conyugues estaban condenados a su mutua compañía; ninguno de ellos podría sobrevivir sin el otro. (Bauman, 2007. p. 124)

En la medida que los intereses de los trabajadores y los patronos están ligados, por esta suerte de matrimonio de conveniencia, como sugiere Bauman (2007), surgen nuevas estrategias para hacerlo aún más efectivo. A partir de una técnica que se conocería como el pago por incentivos, es decir, a mayor producción mayor salario, introducido por Taylor a principios del siglo XX, consiguiendo que los trabajadores se esfuerzan en dar lo mejor de sí, ser lo más eficientes, lo más productivos posibles, pues de este modo obtendrán una retribución económica por su desempeño. El trabajo entra en la esfera de la realización social de ex-

pectativas individuales a partir de un mayor margen de ganancia en el salario. Desde la concepción de Taylor, en oposición a Marx, los intereses de patronos y trabajadores estaban del mismo lado, ambos buscaban lo mismo: obtener un máximo de ganancias, dinero contante y sonante. La ecuación era del modo “yo gano, tu ganas”, a mayor trabajo mayor productividad, aumentar el rendimiento era el fin último del patrón, aumentar la remuneración era el objetivo del empleado, por lo tanto ambos perseguían fines comunes, uno y otro acorde con los principios del capitalismo.

Con Henry Ford la dependencia entre la remuneración y el trabajo tendrá un nuevo giro, pues definirá lo que en adelante se conocerá como “el círculo virtuoso”. Según esta concepción el salario del trabajador no debería responder simplemente para satisfacer a sus necesidades de subsistencia (alimentación, vestido, vivienda), como era usual en esos tiempos, sino que debería generar un excedente que sería reinvertido en consumo, el cual jalonaría la producción. Los trabajadores deberían ganar lo suficiente para comprar un carro, una licuadora, un televisor, o cualquier objeto que se les presenta en el mercado. De este modo los productores se transforman en consumidores, inaugurando una nueva forma de control social.

## LO LÍQUIDO: LA SOCIEDAD DE CONSUMO

Para ilustrar el segundo momento me referiré a la película *Zelig: el hombre camaleón*, escrita y dirigida por Woody Allen (1983), una comedia que ha sido filmada dando la impresión que se trata de un documental, el cual narra la historia de Leonard Zelig un hombre extraordinario porque tiene un don muy especial: puede alterar completamente su apariencia física como si fuera un camaleón humano, y según amerite la ocasión. Puede transformar completamente su fisonomía para ser un apache, un afroamericano, incluso transformarse físicamente en un nazi para pasar desapercibido. Y así, como puede adaptarse a las circunstancias, es testigo de muchos acontecimientos históricos; pero un día lo descubren y se vuelve la sensación del mundo entero en los años treinta: le hacen una canción, le dedican los noticieros, aparece en los periódicos y revistas, es objeto de una investigación, y le asignan a una psiquiatra, quién planea desentrañar el misterio de Zelig, y de paso acaban enamorándose.



(Fuente Imágenes: Internet Movie Database. [www.imdb.com](http://www.imdb.com))

El hombre camaleón puede servir como metáfora para comprender la identidad social que asume la persona en la sociedad contemporánea, en la modernidad líquida, cambiante de acuerdo al contexto, móvil y pasajera como las relaciones que entablamos, sí se quiere líquida en constante metamorfosis y movimiento. La flexibilidad que tiene Zelig para adaptarse se convierte en su tragedia, lo hace para pasar desapercibido ante un mundo que considera hostil, pero consigue todo lo contrario, pues llama atención de los medios de comunicación, de los periodistas que lo persiguen buscando algo nuevo que contar, de los psiquiatras que a partir de múltiples teorías intentan explicar sus repentinos e incontrolables cambios de fisonomía. La película refleja los nuevos mecanismos de normalización y examen propios de la sociedad de control: Zelig se convierte en una entidad de investigación científica para los académicos, los medios de comunicación lo exponen y explotan como una moda más, cambiante como su rostro, su personaje se transforma en un objeto de consumo para un público ávido de novedades. El hombre camaleón no es reconocido por sus valores éticos, sino por su capacidad de atracción estética, que lo lleva un día al éxito y la fama, otro día al fracaso y desprecio del público, sin que su voluntad tenga mucho que ver en ello. La somera descripción que he hecho de la película de Woody Allen (1983) me sirve para introducir las categorías que se tratarán en este apartado, a saber: la sociedad de control y la estética del consumo.

#### *La sociedad de control*

Desde principios de los años 70 se dan una serie de transformaciones que continúan hasta el día de hoy, las cuales involucran el plano social, económico y laboral, que podrían ser sintetizadas en tres tendencias: en primer lugar cabe señalar el surgimiento de tecnologías informáticas y de comunicación; en segundo lugar, una serie de procesos económicos y sociales que llevarían a lo que se conoce como el proceso de

globalización; y en tercer lugar, se dan procesos de flexibilización laboral, que transforman la relación de la persona con el tiempo, el espacio y la actividad que realiza. Estos tres aspectos, *informatización, globalización y flexibilización*, están relacionados entre sí, se superponen, se refuerzan, y dependen mutuamente, dando origen a lo que se ha denominado como el surgimiento de la sociedad de control.

Dichas mutaciones están relacionadas con el surgimiento de nuevas tecnologías cuya materia prima y producto principal es información. Los computadores, las bases de datos, los programas que acumulan, ordenan y procesan información, las redes de comunicación, los teléfonos celulares, pueden ser considerados como nuevas extensiones del cuerpo, las cuales amplían sus capacidades sobre un espacio virtual y global. En este sentido la globalización inicia cuando las tecnologías que utilizamos abarcan al planeta en su totalidad (Serres, 1991) en alguna de sus dimensiones, tiempo, espacio, o energía, ya sea un satélite, la internet, o la bomba atómica, las cuales enlazan las diversas localidades antaño dispersas y lejanas, construyendo a partir de sus conexiones un sujeto global, la humanidad, que responde en tiempo real.

Para Michel Serres (1996) se ha producido un cambio en el soporte, en la tecnología, más no en el proceso mental que la hace posible. Tomando como ejemplo la escritura, podríamos decir que en un principio se daba sobre lo pesado, inscripciones en piedra de los egipcios, tablas con escritura coniforme de Mesopotamia, escritura hecha para durar por siempre, también papiros y libros únicos atesorados en inmóviles y pesadas bibliotecas. En un segundo momento, con la tecnología de la imprenta, los libros comienzan multiplicarse y circular con mayor facilidad, ya no eran objetos únicos, unos siglos más adelante los procesos mecanizados de impresión hacen posible el surgimiento de periódicos y revistas, con impresiones diarias que abarcarían un espacio y una población creciente, distribuidos en un tiempo relativamente corto

de días o semanas. Hoy en día escribimos sobre soportes virtuales, la pantalla del computador, guardamos las palabras en discos duros y memorias portátiles, enviamos y recibimos volúmenes crecientes de información desde correos electrónicos o dispositivos móviles, accedemos a bases de datos que pueden estar al otro lado del mundo, revisamos instantáneamente las noticias de lo que ocurre en Caracas o Moscú, en Yakarta u Honolulu, en el momento que suceden los acontecimientos, navegando por el espacio virtual de las redes de información; lo que antaño era lejano hoy se vuelve cercano, antes se debía viajar para buscar un libro atesorado en el estante de una biblioteca, hoy los textos se ordenan en bases de datos y vienen a nosotros en forma bits a través de redes de información que conectan puntos distantes. Sin embargo el proceso de escribir, mediante el cual plasmamos nuestro mundo interno en un soporte externo, sigue siendo el mismo, solo cambia el soporte: antaño lo hacíamos sobre pesados bloques de granito que permanecían estáticos e inmóviles en un espacio local, hoy escribimos volátiles e inmateriales correos electrónicos que recorren el globo en tiempo real. Todo cambia, e igual, nada cambia.

Las transformaciones en el mundo del trabajo son ilustradas por Serres (1996) a partir de tres metáforas de la antigüedad: Atlas, Prometeo y Hermes. El primer momento es el tiempo de Atlas, quien sobre sus hombros sostiene el mundo, donde el trabajo daba forma a pesados bloques de piedra, construcciones hechas para durar por siempre, como las pirámides de Egipto o de Mesoamérica, caminos y acueductos en Roma, catedrales góticas, trabajo que trasciende el tiempo y vincula a diferentes generaciones con un espacio local. El segundo momento es el tiempo de Prometeo, quién le roba el fuego a los dioses, metáfora de la sociedad industrial donde a partir del fuego encapsulado en la máquina de vapor, o el motor de cuatro tiempos, se produce la transformación de las materias primas en productos y bienes de consumo, símil con la caliente, humeante y tóxica fábrica de la modernidad. El tercer momento viene con Hermes, el mensajero, quién transmite información entre el cielo y la tierra, símbolo de las redes de comunicación, donde se producen e intercambian datos desde puntos distantes vinculados por una red de creciente de relaciones, figura que representa la forma de trabajar en la sociedad contemporánea. Vale la pena señalar que los tres momentos no se remplazan unos a otros, sino que se superponen, se traslapan, se interceptan como los conjuntos,

son interdependientes entre sí. Resumiendo: tenemos el tiempo de lo sólido (las formas), luego viene el período de lo ígneo (las transformaciones), finalmente llega el momento de lo líquido o volátil (la información).

Dejando de lado los héroes y las alegorías de la mitología clásica, podemos hacer otra descripción del mismo asunto, utilizando los términos de las revistas populares de economía, hablaremos entonces de: sector productivo primario, constituido por trabajos relacionados con la agricultura y la minería; luego viene el sector secundario, compuesto por la industria en todas sus formas; finalmente encontramos el sector terciario, conformado por los trabajos inmateriales, que operan y producen información y servicios. Ahora bien, el paso del sector primario al sector secundario de producción es lo que se conoce como industrialización, y el movimiento del sector secundario al terciario es lo que se ha llamado informatización.

La sociedad agrícola tradicional está marcada por la relación hombre-herramienta-naturaleza, basada en un sistema de autoproducción y autoconsumo; en la sociedad moderna industrial, encontramos la relación hombre-máquina-producto, regida por el sistema de trabajo asalariado y por el intercambio monetario; en la era informacional encontramos una sociedad cognitiva donde prima la relación hombre-red-hombre, inmersos en un ciclo constante de producción y consumo. La sociedad agrícola puede tomar como símbolo el arado y el labrador, quienes se dedican a la extracción de un bien que ofrece la naturaleza, en un contexto rural-local, regidos por el tiempo natural de los días y las noches, el ciclo de las estaciones, las lluvias o las sequías. La sociedad industrial se simboliza en las chimeneas de las fábricas, cuyo protagonista es el obrero quién se dedica a la elaboración de un producto, en un contexto urbano, regido por el tiempo analógico del reloj. En la sociedad informacional tenemos como protagonista al profesional y como símbolo al microchip, el computador y las páginas web, quién se dedica a un trabajo cognitivo cuyo objetivo principal es el procesamiento y la comunicación de información, la producción de conocimiento en un contexto virtual y global, donde las ubicaciones son múltiples y operan simultáneamente en tiempo real.

La sociedad del conocimiento, o sociedad de la información, o posmodernidad, o modernidad líquida, o como quiera llamarse, para los intereses de este ensayo está caracterizada por configurar una nueva forma de trabajo, un trabajo inmaterial. Desde esta perspectiva en la que el lugar central ocupado previamente por



la fuerza de trabajo fabril en la producción de plusvalía está siendo llenado cada vez más por la fuerza de trabajo intelectual, inmaterial y comunicativo. Para Michel Hardt y Antonio Negri, autores de *Imperio* (2000), el trabajo inmaterial toma tres formas principales en la economía global contemporánea, que son: 1. Trabajo comunicativo a través de redes informáticas, 2. Trabajo interactivo de análisis simbólico y solución de problemas, 3. Trabajo de la producción y manipulación de afectos. A continuación ejemplifico las tres formas de trabajo.

Primero estaría la informatización de formas materiales de trabajo, que muchas veces se superponen y controlan la producción industrial o agrícola, me explico, las fábricas han automatizado y sistematizado la mayoría de sus procesos, el seguimiento que antes se hacía de manera personal hoy lo realizan computadores o de manera virtual a través de redes de comunicación; por ejemplo, en las transacciones que se realizan en la bolsa donde los corredores, operadores o comisionistas, intercambian mensajes que envían y reciben desde teléfonos y computadoras, siguen la evolución de los mercados en pantallas que muestran números y tendencias, a partir de las cuales se toman decisiones sobre comprar o vender determinado producto, finalmente dichas elecciones se verán materializadas en la economía "real" en lingotes de acero, cabezas de ganado, toneladas de carbón o barriles de petróleo, los cuales fueron negociados en un primer momento bajo la forma de información.

En segundo lugar encontramos la realización de tareas simbólicas y analíticas, que requieren un alto grado de capacitación intelectual, como puede ser la programación y producción de software, donde el trabajo se realiza sobre un soporte absolutamente inmaterial, manipulando cifras, variables, algoritmos y ecuaciones, pero que tiene consecuencias concretas en los programas que utilizamos diariamente para comunicarnos, para trabajar, o divertirnos. Otro caso lo representa la ingeniería genética, donde se trabaja de manera absolutamente abstracta y microscópica sobre la información hereditaria que contiene la doble hélice del ADN, cuya modificación produce tomates transgénicos que se pueden comprar en los supermercados, nuevas variedades de formas de vida que transforman la agricultura, las cuales se producen en el laboratorio a partir de la modificación de la información genética, ni que decir del trabajo sobre células madre, a partir del cual la medicina en su conjunto es repensada prácticamente desde cero.

En tercer lugar, estarían los trabajos que tienen que ver con la producción y manipulación de afectos. Donde ocupan un papel protagónico los medios masivos de comunicación, los programas de radio, cine o televisión, con los cuales las personas se identifican y construyen relaciones casi que personales, donde de algún modo viven y sufren como propias las existencias que les presenta la pantalla. También encontramos trabajos afectivos que no pasan necesariamente por el mundo virtual, sino por las cuatro paredes de la oficina, como son las labores que tienen que ver con la atención a clientes, donde se exige estar siempre atento, en buena disposición y con una excelente presentación personal, pues se los considera como la "imagen" de la empresa, examinados y evaluados generalmente sobre criterios estéticos.

En definitiva lo que se ha llamado sociedad de control corresponde a un cambio al interior del capitalismo, que en los últimos tiempos se ha expandido en tres direcciones: surgen nuevos productos, basados en la información; nuevas formas de capital, donde se destacan las patentes y los derechos de autor; nuevos procesos productivos, basados en estructuras flexibles descentralizadas y en la producción en red (Castells, 2000a, 2000b).

Finalmente, ilustraré este último punto para resaltar como los procesos de producción flexible, presentes en la sociedad de control, involucran cuatro aspectos principales que son: el tiempo, el espacio, la tarea y el salario. A los cuales me referiré brevemente.

El tiempo, pues las labores de hoy en día no se llevan a cabo siguiendo el ritmo del reloj y las regulares secuencias del calendario, los ritmos de trabajo tienden a ser personalizados, basados en metas u objetivos que cada quién debe realizar de manera independiente. La vida laboral se centra cada día más en un eterno presente, donde hoy tenemos y mañana no sabemos, representada en contratos temporales, a término fijo, con fecha de vencimiento como los productos que se exhiben en los supermercados, o que pueden terminar en cualquier instante. El vínculo entre capital y trabajo que Bauman (2007) definía como un sólido y duradero matrimonio por conveniencia ha sido remplazado por livianos y momentáneos encuentros casuales donde no se espera ningún compromiso a largo plazo.

El espacio, los trabajos que se realizan hoy en día se encuentran por fuera de los muros de la fábrica, los centros de encierro han cedido su lugar a nuevas formas de control social que operan en campo abierto, y

utilizan como soporte máquinas informáticas y redes de comunicación. Se puede trabajar desde diferentes lugares, o permanecer en continuo movimiento, al mismo tiempo estar en contacto y permanente comunicación con los compañeros de trabajo. La fábrica como lugar cerrado donde obreros y patronos tenían un encuentro cara a cara, donde se concentraban las máquinas y los procesos, ha sido roto por sistemas de producción flexible propio de las grandes empresas y corporaciones globales, donde el diseño puede estar en un lugar, la producción en otro muy lejano, el consumo en otro continente, y el proceso de administración- control se da a través de un espacio virtual que coordina las interacciones y procesos en tiempo real. Lo que Naomi Klein (2001) ha denominado como “el paradigma Nike”, donde el diseño inmaterial o conceptual de estas zapatillas y de la marca en general puede tener lugar en California, las materias primas pueden provenir de la Argentina, el ensamblaje puede darse en Indonesia a través de una empresa sub contratista con sede en Hong Kong, y el consumo realizarse en un almacén que adquiere la franquicia en Londres; de esta forma en un solo producto tenemos toda la historia de la globalización. Hago énfasis en la palabra “puede”, pues puede no ser así, el vínculo no es perpetuo, los centros de producción, diseño y consumo, “pueden” cambiar de locación sí así lo determina la mano invisible del mercado global. El trabajador ha abandonado los muros de la fábrica al mismo tiempo que lo ha hecho el capital:

El trabajo ha salido del panóptico pero, más importante aún, el capital se ha liberado de la terrible carga y de los costos exorbitantes que implicaba mantenerla; el capital se ha liberado en realidad, de la tarea que lo ataba y lo obligaba a enfrentarse directamente con otros agentes a los que explotaba para lograr reproducirse y extenderse. (Bauman, 2007. P. 130).

En cuanto a las funciones y tareas que cumplen los trabajadores también se han flexibilizado, las labores repetitivas, rutinarias y monótonas, que se llevaban a cabo durante largo tiempo propias del sistema fabril, tienden a ser remplazadas por el régimen móvil y dinámico de la empresa. Hoy en día se espera que los empleados se adapten a situaciones cambiantes, respecto al contexto, los mercados, o la tecnología, por lo cual adquieren especial importancia aquellos modelos que privilegian el aprendizaje en todos los niveles de la organización. En el mismo sentido, la vida laboral de los empleados no se restringe a una única empresa,

con un trabajo exclusivo y de por vida, hoy en día se cambia fácilmente de trabajo, de una empresa a otra, de una función a otra, incluso se puede trabajar simultáneamente en diferentes organizaciones.

Para completar el salario ha dejado de ser estable, en la medida que se han modificado los tipos de contratación, surgiendo nuevas formas de remuneración, como el pago por objetivos, por comisiones, donde cada uno de los empleados tiene un sueldo diferente, dependiendo de su nivel educativo, sus funciones y sobre todo los resultados que obtiene. Los moldes sólidos donde se acomodaban las clases sociales en la fábrica, vienen siendo remplazados por modulaciones variables, sistemas de pago flexibles e inciertos a los cuales deben adaptarse las personas, sobre quienes recae ahora una responsabilidad individual por su salario.

#### *La estética del consumo*

Los cambios socio laborales que se produjeron, desde el taller del siglo XVIII, luego la fábrica en el siglo XIX, después las organización científica del trabajo y la producción en serie a comienzos del siglo XX, llevaron a un continuo aumento de la producción, el cual venía acompañado de un aumento simétrico en el consumo, constituyendo producción y consumo como un círculo que se retroalimentaba y tendía al continuo crecimiento.

Esquematisando, quizás demasiado, se puede decir que el proceso productivo de la sociedad industrial puede ser del siguiente modo: primero se ubicaba algún tipo de necesidad (alimento, energía, transporte, vestido, vivienda), sobre la cual se constituye la demanda de un producto en particular (galletas, gasolina, zapatos, ladrillos), luego venía la producción propiamente dicha, el transporte y finalmente llegaba a los compradores en la última etapa. En la sociedad de consumo, en cambio, el proceso de producción ha cambiado radicalmente: primero surge la creación de un producto como idea y sus posibilidades de fabricación, luego se da lo que desde el marketing se denomina como la creación de la demanda, la cual va más allá del valor de uso de los productos, pues los asocia con una serie de valores referidos al éxito, la belleza, o la posición social, los cuales se difunden a través de estrategias de comunicación y publicidad, segmentando grupos sociales y creando modas, finalmente viene el consumo propiamente dicho.

Siguiendo a Jean Baudrillard (1981, 2000) podría decirse que en la modernidad sólida los objetos se ins-

cribían en su valor de uso (para qué sirve) y su valor de cambio (cuanto vale). En la líquida sociedad de consumo se mantienen esos ejes pero surgen dos más: el valor signo, según el cual un objeto ubica a la persona dentro de la escala social, como signo de estatus; el valor símbolo, que sería la carga afectiva que tiene el objeto y le da un significado particular. Para explicarlo mejor tomemos dos ejemplos un carro y un reloj. El carro sirve como medio de transporte y en esa medida suple una necesidad (valor de uso), todo carro dependiendo de sus características tendrá un precio (valor de cambio), ahora bien todo carro tiene una marca, puede ser Renault o Mercedes, o Fiat, la cual identificará al dueño y le dará un determinado estatus social (valor signo), al modo “dime en que carro andas y te diré quién eres”, finalmente el carro podrá tener un significado particular para su dueño (valor signo), el Volkswagen de la abuela, o el carro que compre con mi ahorros, lo cual lo dará al objeto un sentido personal y será valorado como único. Ahora tomemos el ejemplo del reloj, todo reloj sirve para dar la hora (valor de uso) y también tiene un precio en el mercado que puede ir desde unos pocos pesos hasta millones (valor de cambio), desde luego que le da un estatus a quién lo posee, no será lo mismo un Rolex que un reloj chino comprado en la calle, además que deberá marcar y corresponder con el estatus social de su dueño, “dime que reloj tienes y te diré quién eres” (valor signo), finalmente existen relojes que tienen un fuerte valor simbólico, generalmente porque pertenecieron a alguien especial en la historia personal (mi abuelo) o colectiva (Simón Bolívar o Eva Perón), lo cual les confiere un especial aprecio y los hace únicos, diferentes de otros relojes que sirven para lo mismo (valor símbolo). Hoy en día los objetos circulan por esos cuatro registros, por eso cuando hablamos de la creación de la demanda, se hace referencia a una serie de valores asociados que operan desde el nivel simbólico que tiene el producto, no ya desde su simple funcionalidad. Se podría decir incluso que dicha “economía política del signo” no operan solamente sobre el mundo de los objetos, también se da sobre las relaciones, las amistades, las nacionalidades, las mascotas y los pasatiempos, y sobre el tipo de trabajo que se tenga.

Volviendo a Bauman (2000), encontramos que desde mediados del siglo XX se da un cambio fundamental en la identidad laboral de los sujetos, se pasa de una ética del trabajo a una estética del consumo. La ética del trabajo, como ya se comentó, consideraba al trabajo como un principio moral, el camino a seguir

para lograr la realización personal, social y nacional. En cambio el término estética hace referencia a otro tipo de valores, centrados en el gusto, determinados trabajos empiezan a ser considerados como actividades interesantes, atractivas, o seductoras, por el contrario, otras labores son definidas como aburridas, molestas, o desagradables. La consideración ética que distinguía entre lo bueno y lo malo, es sustituida por una valoración estética que actúa sobre las categorías de lo bello y lo feo, lo agradable y lo desagradable, lo atrayente y lo repulsivo.

De este modo la sociedad de consumo reconfigura la valoración que se tiene de las identidades laborales, que ya no se rigen por los antiguos preceptos de la ética del trabajo, según la cual todo trabajo honesto es digno y puede ser considerado como fuente de reconocimiento social. Al interior de la sociedad de consumo las identidades sociales y laborales son segmentadas de otro modo:

En un extremo de la jerarquía global emergente están los que pueden componer y descomponer sus identidades más o menos a voluntad, tirando del fondo de ofertas extraordinariamente grande de alcance planetario. El otro extremo está abarrotado por aquellos a los que se les ha vedado el acceso a la elección de identidades, gente a la que no se da ni voz ni voto para decidir sus preferencias y que, al final, cargan con las identidades que otros les imponen y obligan a acatar; identidades a las que se resisten pero de las que no les permiten despojarse y que no consiguen quitarse de encima. Identidades que estereotipan, que humillan, que deshumanizan, que estigmatizan (Bauman, 2005. p.86).

Las identidades laborales entran a hacer parte de las múltiples opciones que la sociedad presenta y sobre las cuales debemos elegir, se constituyen en objetos de consumo. Ahora bien el consumo es una actividad principalmente individual, donde las personas ejercitan su libertad de elección, entre un abanico creciente de posibilidades que presenta el mercado. El acto de consumir debe ser instantáneo y requiere la destrucción de lo que se consume, para que aparezca nuevamente la necesidad que anima a consumir reiteradamente. De este modo encontramos tres valores fundamentales de la sociedad de consumo: *materialismo, individualismo, libertad e instantaneidad*. Sobre todo la sociedad de consumo produce identidades sociales cambiantes y móviles, que mudan con las modas, donde el individuo encuentra su fuente de reconocimiento social cada vez más en los productos

que adquiere, al modo “dime que consumes y te diré quién eres”, una ética materialista e individualista que Erik Fromm denominó como el paso del ser al tener, o en palabras de Herbert Marcuse: “Las personas se reconocen en sus mercancías; encuentran su alma en su automóvil, en su equipo de alta fidelidad, en su casa de varios niveles, en el equipamiento de su cocina”.

La sociedad de consumo trae consigo un cambio en la concepción del tiempo, donde lo que prima es la *instantaneidad*, una mentalidad a corto plazo, que viene a remplazar la mentalidad a largo plazo. La sociedad de producción regida por la ética del trabajo tenía un pensamiento a largo plazo, el trabajo era una actividad sin descanso, donde la recompensa se encontraba al final de un camino cargado de privaciones y sacrificios; era una sociedad de libretas de ahorros, acumular hoy para tener una seguridad en el futuro, donde la satisfacción se postergaba siempre como algo para disfrutar en el horizonte de un mañana lejano. En contraste la sociedad de consumo se desarrolla en un eterno presente, donde lo único importante es el aquí y el ahora, donde la satisfacción del deseo debe ser instantánea, sin mayores dilaciones, ni capacidad de espera, ni postergaciones indefinidas e indeseables; es una sociedad de tarjetas de crédito, donde el bienestar se encuentra en el presente, pues el consumidor ideal no se preocupa por el futuro, se sustituye la vocación del ahorro por la capacidad de endeudamiento.

En cuanto a la *identidad* la sociedad de consumo, siguiendo a Lypovetsky (2000), está marcada por el paso de la noción de sujeto a la de persona. El concepto de sujeto hace referencia a una identidad unitaria, fija en el tiempo y el espacio, anclada las instituciones sociales, sólida; es el sujeto con capacidad de conocerse a sí mismo y por tanto dar cuenta de sus actos. El concepto de persona, desde su raíz etimológica, refiere al término de máscara, donde hablamos de identidades siempre cambiantes, líquidas, que se modifican de acuerdo a las realidades y relaciones con las cuales entramos en contacto, al modo del personaje Leonard Zelig en la película de Woody Allen; la identidad de la persona contemporánea podría ser definida como móvil, dinámica y polimorfa.

Sobre la *libertad* de elección que promueve la sociedad de consumo caben algunas reflexiones. Empecemos diciendo que durante la sociedad de producción surgieron los grandes procesos de emancipación en la esfera pública: libertades políticas en cuanto a la capacidad de elegir un sistema de gobierno, libertad en el ámbito del pensamiento y las ideas, libertad en cuanto

a quién vender la fuerza de trabajo o que productos consumir, denominado libre mercado. En suma la sociedad de producción disciplinaria era el correlato del estado liberal moderno. En la sociedad de consumo la libertad se ha invertido sobre el espacio privado, sobre el modo de ser, que se transforma en fuente principal de reivindicaciones sociales. Las demandas por reconocimiento de distintos grupos étnicos o sexuales ocupan la escena de los nuevos procesos sociales, las afirmaciones de género o raciales cobran un papel cada día más importante dentro de las confrontaciones por la distribución del poder. Pero sobre todo existe una exigencia de construcción de la identidad sobre una serie de elecciones cotidianas: elegir un producto en el supermercado, elegir entre la marca A y la marca B, elegir un modo de vida, un estilo propio, elegir un tipo de música, una forma de vestir, un modo de ser. La persona contemporánea se enfrenta al dilema de estar constantemente eligiendo entre opciones que se le presentan como diferentes, aunque no lo sean, donde el buen consumidor debe sopesar las posibilidades y tener una acertada capacidad de decisión. La libertad no está solamente en la capacidad de elegir un nuevo presidente, sino también el mejor desodorante, el mejor restaurante, el mejor cantante, la mejor película, frente a una cantidad creciente de opciones que exigen una respuesta instantánea. Para Noam Chomsky (1996) dichas exigencias constituyen una nueva forma de amaestramiento social, según la cual las personas se preocupan cada vez más por cuestiones fútiles, triviales e intrascendentes de la vida, alentadas por dispositivos masivos de comunicación, como la moda y la publicidad, creando una sociedad de personas con valores netamente individualistas radicalmente disociados los unos de los otros. La sociedad de consumo que con la promesa de la originalidad y la particularidad genera un espacio homogéneo de deseo, o en palabras de Pérez (1992): “Cientos, miles, millones de ciudadanos van a comprar los mismos objetos, vestirse del mismo modo, suspirar por el mismo automóvil, soñar con iguales vacaciones” (p. 35).

## DISCUSIÓN

¿Realmente se puede afirmar que los dispositivos de control han reemplazado a los dispositivos disciplinarios? Las fábricas no han desaparecido del paisaje, los procesos de disciplina siguen descomponiendo el trabajo y las actividades en minutos y segundos, como

se ve claramente en un cultivo de flores o de café, en una ensambladora de carros, o en las maquilas (zonas de producción para exportación) que en los países pobres absorben una cantidad creciente y barata de mano de obra. Cuando las formas de vigilancia ya no pasan por la mirada directa del supervisor, ahora somos controlados en campo abierto y a distancia, a través de redes de comunicación, desde teléfonos celulares y computadores portátiles, cuando se nos incita a estar siempre conectados, siempre en contacto, más allá de las paredes de la oficina, en la casa, durante el fin de semana, en vacaciones, cuando basta con una llamada o un correo electrónico para que espacio familiar se transforme en espacio laboral. Ahora que las formas de examen van más de las cualidades físicas y operativas necesarias para realzar una labor, escudriñando y categorizando el alma de los trabajadores de acuerdo a las medidas que proporcionan los test de inteligencia y personalidad.

¿Podemos decir que la ética del trabajo ha llegado a su fin y que hoy en día se impone la estética del consumo? Cuando la mayor parte de las personas de los países en desarrollo, como el nuestro, viven por debajo de la línea de pobreza, cuando las necesidades básicas de alimentación, vivienda y salud no cubren al conjunto de la población. Ahora que los índices de desocupación parecen no ceder, cuando el trabajo formal es reemplazado por modalidades de autoempleo y subempleo según la cuales cada quién se las arregla como mejor pueda, donde en amplios grupos sociales, considerados como marginales, es más fácil ganarse el chance que conseguir un trabajo, cuando los procesos de selección y las políticas laborales hacen que una persona de cuarenta años sea muy vieja para conseguir trabajo y a los setenta se le considera demasiado joven para pensionarse. Aunque tampoco podemos negar el poder socializador de los medios de comunicación de masas, que instalan a las personas en un mercado de deseos y sueños por realizar, creando ansias de consumos a veces imposibles, mostrando en las pantallas vidas imaginarias plenas de éxito y satisfacción, que se oponen a la realidad cotidiana.

En suma, no es posible afirmar con certeza que estamos aquí o allá, ni muy, ni tan, ya no pertenecemos totalmente en la sociedad de producción como lo fueron nuestros padres o abuelos, pero tampoco somos miembros plenos de la sociedad de consumo, mejor decir que estamos pasando por un "entre", donde ambas realidades coexisten, se refuerzan, se necesitan.

Así como viven combinados en la naturaleza sólido y lo líquido.

Los fluidos no se fijan al espacio ni se atan al tiempo. En tanto los sólidos tienen una clara dimensión espacial pero neutralizan el impacto, los fluidos no conservan su forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos, y proclives, a cambiarla; por consiguiente, para ellos lo que cuenta es el flujo de tiempo más que el espacio que puedan ocupar: ese espacio que después de todo solo llenan por momentos (Bauman, 2007. p. 8).

Tomando los conceptos del análisis institucional (Corvalán, 2007; Loureu, 1994) podemos decir que estamos en el movimiento dialéctico entre lo sólido y lo líquido. Donde lo sólido puede ser equiparado por la forma instituida que traen las organizaciones sociales, su parte estable en el espacio, duradera en el tiempo, rígida en los procesos. Mientras que lo líquido es un factor instituyente, que nos muestra una cara móvil en el espacio, variable a cada instante, voluble frente las presiones que se ejerzan sobre sí, en continua adaptación. Lo sólido y lo líquido hacen parte de una misma realidad y su interacción dialéctica produce continuamente diferentes tipos de sujetos y nuevas formas de organización, que determinan la permanencia y el cambio institucional.

## REFERENCIAS

- Allen, W. (1983). *Zelig, el hombre camaleón*. Película.
- Baudrillard, J. (1981). *La economía política del signo*. México: Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (2000). *De la seducción*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2007). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- Bauman, Z. (2005). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Castells, M. (2000a). *The information age: rise of network society*. Oxford: Backwell publishers.
- Castells, M. (2000b). *The information age: the power of identity*. Oxford: Backwell publishers.
- Chaplin, Ch. (1936). *Modern times*. United Artist.
- Chomsky, N. (1996). *El control de los medios de comunicación*. Recurso electrónico, disponible en [www.democracynow.org](http://www.democracynow.org).
- Corvalán, A. (2007). *Permanecer y transformar*. Buenos Aires: JVE Ediciones.
- Deleuze, G. (1996). "Sobre las sociedades de control". En *Conversaciones*. Valencia: Pre Textos.

- Deleuze, G. (1990). "¿Qué es un dispositivo?". En E. Balbier (comp). *Michel Foucault filósofo*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, M. (1985). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1998). *El sujeto y el poder*. México: La Piqueta Ediciones.
- Giorgi, A. (2007). *El gobierno de la excedencia: posfordismo y control de la multitud*. Madrid: Edición Traficantes de Sueños.
- Harth, M; Negri, A. (2000). *Imperio*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Klein, N. (2001). *No logo: el poder de las marcas*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Lypovetsky, G. (2000). *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Lourau, R. (1994). *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Marx, K. 1980. *El capital*. México, Fondo de Cultura Económico.
- Pérez, J.M. 1992. *La seducción de la opulencia*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Serres, M. 1991. *El contrato natural*. Valencia: Pre textos.
- Serres, M. 1996. *Atlas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Weber, M. 1985. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Editorial Península.